

— ¿Decís que es un joven quien ha robado á vuestra Mina?

— ¿Mi Mina? replicó Salvador sonriendo.

— La Mina del maestro de escuela, la Mina en cuestión, en una palabra.

— Sí, la Brocante que les ha visto pasar á eso de las cuatro de la mañana como os he dicho, ha reconocido un joven; y ha afirmado también que era moreno.

— De noche todos los gatos son pardos.

Y Mr. Jackal al pronunciar este proverbio sacudió la cabeza.

— ¿Dudáis? preguntó Salvador.

— Ahí tenéis: no me parece natural que un joven robe á una joven: eso no está en nuestras costumbres, á menos que el joven sea de una gran familia poderosa en la corte, y no tema en el siglo diez y nueve echarla de Lauzun y de Richelieu: un hijo de un par de Francia, un sobrino de un cardenal ó de un arzobispo... Los viejos son los que hacen esos raptos; digo esto para vos, Mr. Salvador, y sobre todo para ese caballero que hace piezas para el teatro, añadió el polizonte designando á Juan Robert con un movimiento imperceptible de cabeza, porque la vejez es impotente y estragada; pero un rapto cometido por un joven que tiene fuerza y belleza, es un crimen monstruoso.

— Este sin embargo es así.

— Entonces busquemos la mujer, averigüemos quién es ella. Evidentemente se ha mezclado una mujer en el crimen; ignoro en qué grado; pero una mujer debe desempeñar un papel cualquiera en este misterioso drama. Decís que no veis mujer alguna en derredor de ella, y yo no veo más que mujeres: directoras, subdirectoras, amigas de

colegio, doncellas... ¡ Ah! ¡ no sabéis lo que son los colegios, corazón ingenuo!

Y Mr. Jackal aspiró otro polvo.

— Todos estos colegios, Mr. Salvador, continuó, son otros tantos focos de incendio donde viven y se agitan las jóvenes de quince años, semejantes á la salamandras de que hablan los antiguos naturalistas. En cuanto á mi, puedo decir una cosa, y es, que si tuviese una hija núbil, preferiría encerrarla en mi cueva á meterla en un colegio. ¡ Ah! no tenéis una idea de las quejas que se reciben en las oficinas de las costumbres de los colegios; no porque las directoras de los colegios sean siempre culpables, sino porque las jóvenes son siempre amantes: es la vieja fábula de Eva; directoras, subdirectoras y guardianas están por el contrario despiertas como perros en derredor de una quinta ó los guardias de corps en derredor del rey. Pero ¿ cómo impedir al lobo que entre en la cabaña, cuando es la oveja misma quien le abre la puerta?

— Pero ese no es el caso: Mina adoraba á Justino.

— Entonces es una amiga quien ha hecho el negocio; hé aquí por qué he dicho y repito: ¿ quién es ella? Busquemos la mujer.

— Comienzo á ser de vuestra opinión, Mr. Jackal, dijo Salvador arrugando la frente como para obligar á su pensamiento á que se detuviese en cualquier punto obscuro y sospechoso.

— ¡ Bah! seguramente, continuó el polizonte, no dudo yo de la castidad de vuestra Mina... Cuando digo vuestra Mina... en fin, quiero decir la Mina de vuestro maestro de escuela... Estoy seguro que ella al venir al colegio no ha traído germen alguno malo y propio para malear las plantas que la rodeaban; educada cuidadosamente, no podía

llevar consigo más que los tesoros de bondad y candor que había reunido bajo las miradas de sus padres adoptivos; pero para una flor cándida que da sus perfumes, ¡cuántas malas plantas esparcen los vapores fatales con que sin saberlo las ha inficionado la familia desde la infancia! El niño, á quien se cree descuidado y ligero, nunca olvida cosa alguna, Mr. Salvador: recordad bien esto; aquel que ha visto á los diez años representar las inocentes hechiceras del teatro del Ambigu-Comique ó de la Gaité, si es un joven pedirá á los quince años la lanza del caballero para ir á traspasar los gigantes guardianes y perseguidores de la princesa de su elección; si es una joven se figurará que es esta princesa tiranizada por sus padres, y empleará para reunirse al amante de quien se la ha separado todos los recursos que le hayan revelado el encantador Mangis ó la hada de Colibri. Nuestros teatros, nuestros museos, nuestras murallas, nuestros almacenes, nuestros paseos, todo contribuye á despertar en el corazón del niño mil curiosidades, que á falta del padre ó de la madre, las satisfará el primer pasajero á quien interroge; todo concurre á hacer que nazca y se mantenga en él ese deseo de conocerlo todo, esa sed de emprenderlo todo, que es el mal de la infancia; y la madre que no puede explicar á su hija por qué al entrar en la iglesia un joven hermoso ofrece agua bendita á una joven; por qué un grupo amoroso se abraza en el campo en un día de estío; por qué se contrae matrimonio; por qué uno va á misa mientras que otro no va; la madre, en fin, que no puede revelar á su hija ninguno de los misterios que esta entrevé vagamente, la envía asustada de su curiosidad creciente en razón de los años á un colegio, donde aprende de sus compañeras de más edad esos secretos destructores de la salud y de la vir-

tud, secretos que ella confía en seguida á las compañeras más jóvenes,

Hé aquí, mi querido Salvador (os digo esto para vuestro gobierno por si alguna vez os casáis), hé aquí cómo aun saliendo de la familia más honrada, entra la joven en el colegio, llevando en si la semilla venenosa que debe emponzoñar más tarde todo un campo.

— ¿Pero, preguntó Salvador mientras Juan Robert escuchaba con asombro, pero hay sin duda un remedio para esto?

— ¡Eh! sí, sin duda que hay remedio para eso como para otra cosa: para todo hay remedio, ¡pardiez! Pero ¿qué queréis? ¡Hay una muralla más fuerte, más alta y más extensa que la de la China que destruir! Hay la costumbre, ese azote de las sociedades. Así, por ejemplo, desde hace algún tiempo, los jóvenes han tomado una costumbre funesta, tanto más funesta, cuanto que para ella no hay remedio...

— ¿Cuál?

— El de matarse. ¡Un joven ama á una joven que no le ama aún, y no se toma tiempo para aguardar que le ame, y se mata! ¡Una joven ama á un joven que ya no la ama, y con el cual contaba para cubrir como esposo los deslices del amante, y se mata! ¡Ámanse dos jóvenes, y los padres les impiden que se casen, y se matan! ¿Y sabéis por qué se matan la mayor parte de las veces?

— ¡Diablo! porque están cansados de vivir, dijo Juan Robert.

— ¡Bah! ¡no, señor poeta! dijo el polizante; nunca se está cansado de la vida; y la prueba es, que cuanto más viejo uno es, más apego tiene á ella. Hay cien suicidios de jóvenes menores de veinticinco años por cada uno de viejos que excedan de setenta. Se suicida (triste es decirlo) el

joven por burlarse de su amada; la joven por burlarse de su amante; y éste y aquélla, por burlarse de los padres; burla terrible, que si hubiese tardado un año, seis meses, ocho días, una hora, hubiera sido inútil, porque la mujer hubiera amado, el joven hubiera vuelto á amar, los padres hubieran consentido. En otro tiempo no sucedía así: no se conocía el suicidio, ó se le conocía apenas; la edad media, es decir, tres ó cuatro siglos, no cuentan diez suicidios comprobados.

— En la edad media, añadió Juan Robert, estaban los conventos.

— ¡ Justamente ! Habréis puesto el dedo en la llaga, joven. Se tenía una gran pena, se sentía un gran dolor, se disgustaba cualquiera de la vida, y el hombre se hacía monje, la mujer se hacía religiosa: este era el modo de levantarse la tapa de los sesos, de asfixiarse, de ahogarse. Mirad, hoy voy á comprobar á Bas-Meudón el suicidio de Mlle. Carmelita y de Mr. Colombán. Y bien...

Estremeciéronse los dos jóvenes.

— Perdonad, dijeron al mismo tiempo interrumpiendo á Mr. Jackal.

— ¿ Qué ?

— ¿ No era Mlle. Carmelita una educanda de Saint-Denis ? preguntó Salvador.

— Precisamente.

— ¿ No era Mr. Colombán un joven hidalgo, bretón ? preguntó Juan Robert,

— Exactamente.

— Entonces, murmuró Salvador, comprendo la carta que recibí Fresolina esta mañana.

— ¡ Oh ! ¡ pobre joven ! dijo Juan Robert, he oído á Ludovico pronunciar su nombre.

— ¡ Pero la joven era un ángel ! dijo Salvador

— ¡ Pero el joven era un santo ! dijo Juan Robert.

— ¡ Eh ! sin duda, dijo el viejo volteriano ; hé ahí por qué se han remontado al cielo : se encontraban fuera de su centro en la tierra : ¡ pobres niños !

Y pronunció estas palabras con una mezcla singular de sarcasmo y de enternecimiento.

— ¡ Oh Dios mio ! dijo Juan Robert, el pobre Ludovico va á desesperarse.

— ¡ Oh Dios mio ! murmuró Salvador, mucho va á entristecerse la pobre Fresolina.

— Pero al fin, dijo Juan Robert, ¿ las causas de esa muerte son un secreto, ó podéis decirnoslas ?

— ¿ La catástrofe con todos sus detalles ? ¡ Oh Dios mio ! sí ; no tenéis más que cambiar los nombres para hacer de ello un poema ó una novela : os respondo de que hay materia para ello.

Y siguiendo del malecón de la Conferencia al puente de Sevres, Mr. Jackal hizo á los dos jóvenes que le escuchaban atentos la relación siguiente, que aunque parece á primera vista extraña á los acontecimientos que vamos refiriendo, concluirá por unirse á ellos un poco más temprano ó un poco más tarde.

Que tengan pues paciencia nuestros lectores, porque aun no estamos más que en el prólogo del libro que escribimos, y nos vemos obligados á presentar en escena á nuestros personajes

## CAPÍTULO XII.

DONDE SE PRUEBA QUE SE PUEDE, POR CASUALIDAD, Y DE CADA CIEN VECES UNA, ENCONTRAR BUENOS VECINOS.

El duodécimo distrito era en 1827, y es aun hoy, el distrito más pobre de la capital, como se puede ver en el estado numérico de la población indigente de París, publicado por la administración de la asistencia pública según el último censo.

Así es que en el primer distrito la cifra de la población indigente es de 3.707 individuos por 112.740 habitantes, mientras en el duodécimo distrito, en una población de 95.243 habitantes, el número de los indigentes es de 12.204.

Lo que hace que en la relación de la población indigente á la población general resulte la espantosa proporción siguiente :

En el primer distrito un indigente por cada 304 almas.

En el duodécimo uno por cada 77.

Si se piensa que en este distrito es en donde mora el mayor número de traperos, cocheros, zapateros de viejo, revendedores, aguadores, mozos de cordel y jornaleros de todas clases, se verá que nada hemos exagerado al decir que este distrito era, y es aun hoy, el más miserable.

Este distrito presenta á vista de pájaro una forma casi cuadrilateral; está dividido en cuarteles que llevan los nombres de cuartel del Observatorio, de Santiago, del Jardín de las plantas y de San Marcelo.

A medida que avancemos en nuestro relato, como una gran parte de los acontecimientos de esta historia debe pasar en el duodécimo distrito, mostraremos poco á poco y sucesivamente á nuestros lectores la fisonomía de estos diversos cuarteles.

Diremos desde luego que una de las partes más pintorescas es el cuartel de Santiago, comprendido entre la calle de Val-de-Grace y la de la Bourbe, llamada hoy calle del Port-Royal.

En efecto, subiendo la calle de Santiago de la de Val-de-Grace al arrabal, todas las casas de la derecha, viejas, feas y mal construidas, conducen á jardines maravillosos, y como apenas hay algunos en derredor de ciertos aristocráticos palacios de París.

Á una casa situada entre los números 330 y 330 de la calle de Santiago, es adonde vamos á conducir á nuestros lectores. Creemos mostrarles un pais de todo punto desconocido; y cualquiera que al pasar por el arrabal de Santiago sienta por costumbre subirsele al cerebro los fétidos olores de la miseria, quedarase tal vez muy sorprendido y sobre todo muy encantado, así lo esperamos, al respirar con nosotros el perfume de las rosas y de los jazmines que entra por las ventanas de esas habitaciones privilegiadas que dan una idea, verdadera idea del paraíso terrestre.

La fachada de la casa que habitan los héroes de la lúgubre historia referida por Mr. Jackal, tenia ese aspecto triste y descolorido que el tiempo y la lluvia dan á las viejas paredes de París.

Se entraba en la casa por una puertecilla estrecha y se entraba en un pasadizo sombrío aun á mitad del día.

El que hubiese entrado por primera vez en este pasadizo

lo hubiera tomado por una madriguera que condujese á un taller de trapero ó de monedero falso; pero apenas el explorador franquease la última losa, se encontraría en una especie de edén.

En efecto, al salir del pasadizo se encontraba en un patio que conducía á un vasto jardín; allí se encontraba uno verdaderamente deslumbrado al ver una casita blanca con contraventanas verdes, ornados los flancos de enredaderas floridas, de madreselvas y clemátidas, y los pies hollando el mullido césped entre el cual se ocultaban.

La casa se componía de un piso bajo y otros dos cuyas ventanas, merced á la situación graciosa del pequeño edificio, daban todas al jardín. Los tres pisos, comprendiendo en ellos el bajo, formaban seis habitaciones, compuestas cada cual uniformemente de una cocina y tres piezas.

Cuatro de estas habitaciones, las dos del piso bajo y las dos del principal, estaban ocupadas por familias de artesanos, que sobrios y arreglados, en vez de ir á achisparse á la barrera como sus camaradas de taller, consagraban el domingo á cultivar un extremo del jardín que forman las dependencias de su modesta habitación.

En el segundo piso moraban sobre el mismo descanso, uno á derecha y otro á izquierda, los dos personajes principales de esta historia.

El que ocupaba la pequeña habitación de la izquierda era un joven de veinte á veintitres años poco más ó menos; hermoso joven, de figura franca, ojos de un azul claro, blondos cabellos que caían graciosamente sobre sus anchos hombros. Era más bien bajo que alto; pero la anchura de sus espaldas indicaba en él una fuerza poco común. Había nacido en Quimper; pero era perfectamente inútil mirar su fe de bautismo para conocer que era bretón: tan mar-

cadass estaban en su semblante la energía y la lealtad de la hermosa raza de la Armórica.

Su padre, viejo hidalgo pobre, retirado en una torre, último resto de un castillo feudal del siglo xiii, abatido durante las guerras de la Vendée, le había dejado en París, donde se había educado y adquirido los conocimientos preliminares para estudiar el derecho. Al salir del colegio el joven Colombán de Penhoel había pues venido á establecerse en esta pequeña habitación de la calle de Santiago, que habitaba desde hace tres años, es decir, desde 1823, época en que comienza nuestro relato.

Dábale su padre una corta pensión de mil doscientos francos por año, el buen hombre compartía así con su hijo todo lo que quedaba de su patrimonio.

La habitación de Colombán no le costaba más que doscientos francos al año: quedábanle pues al joven mil francos, es decir, una fortuna entera para un joven sobrio, económico y arreglado como él era.

Nos equivocábamos al decir que le quedaban mil francos al año, porque de ellos debemos desquitar el alquiler de un piano (diez francos al mes), único lujo que Colombán se permitió sin duda para no desmentir uno de los axiomas políticos de los antiguos bretones, axioma conservado hasta nuestros días, y que coloca, dice Agustín Thierry, al músico al lado del agricultor y del artesano como uno de los tres pilares de la existencia social.

Era el mes de Enero del año de 1823. Colombán estudiaba el tercer año de jurisprudencia: daban las diez de la noche en la iglesia de Santiago-du-Haut-Pas.

Hallábase el joven sentado á su chimenea ocupado en estudiar el código Justiniano, cuando de repente oyó lamentos y gemidos espantosos.

Abrió la puerta de la meseta, y vió sobre la puerta paralela á la suya una joven pálida, desmelenada, anegada en lágrimas, torciéndose las manos y pidiendo socorro.

La habitación de enfrente á la de Colombán estaba ocupada por una joven y su madre: la madre era viuda de un capitán muerto en Champ-Aubert durante la campaña de 1814, y vivía de una pensión de mil doscientos francos, y de algunas labores de aguja que le proporcionaban las modistas del cuartel.

Habitaba sola hacia seis meses este cuarto, cuando una mañana al volver Colombán de su cátedra notó sobre la meseta una alta y hermosa joven que le era completamente desconocida.

Colombán era poco hablador por naturaleza: así es que sólo después de unos cuantos días supo por uno de los vecinos del piso bajo que aquella aparición, que por otra parte se había renovado dos ó tres veces, era la señorita Carmelita, hija de Mad. Gervais, su vecina; que como hija de un oficial de la legión de honor había sido educada en la casa real de San Dionisio, y que habiendo concluido su educación volvía á vivir con su madre.

Este encuentro del joven y la joven había tenido lugar hacia el mes de Septiembre de 1822 en la época de las vacaciones. Colombán, pues, había ido unos quince días después de este encuentro á pasar dos meses á la torre de Penhoel, y aunque de regreso en Noviembre no había tenido hasta el mes de Enero de 1823 más que muy raras ocasiones de ver á la joven, algunas veces se encontraban con su taza de leche en la mano en la meseta de la escalera, se saludaban políticamente, pero sin cambiar una palabra.

La joven era demasiado tímida: Colombán demasiado respetuoso.

Un día sin embargo en que el joven, más madrugador que de costumbre, subía la escalera llevando su desayuno cotidiano, encontró á la joven que se había retrasado algunos minutos, y bajaba á buscar el suyo.

Suplicó la joven ruborizándose á Colombán que se detuviese, y éste después de haberla saludado, no como un estudiante sino como un caballero (la primera educación jamás se pierde), volvía á subir á su casa, y ella dirigiéndole la palabra le dijo:

— Tengo que haceros una súplica, caballero: mi madre y yo amamos mucho la música, y pasamos habitualmente todas las tardes una hora muy agradable oyéndoos cantar al piano; pero hace tres días que mi madre está gravemente indispuesta, y aun cuando no se queja, el médico al hacer la visita ayer tarde mientras que cantabais, nos ha dicho que el ruido del piano debía molestarla.

— Perdonad, señorita, respondió el joven ruborizándose á su vez hasta el blanco de los ojos, ignoraba enteramente la enfermedad de mi señora, vuestra madre: creed que nunca me perdonaría el haber tocado si hubiese sabido...

— ¡Oh! ¡Dios mio! caballero, dijo la joven, yo soy quien os pido perdón por privaros de un placer, y os doy las gracias porque tenéis á bien imponeros esa privación por causa nuestra.

Saludáronse los dos jóvenes, y Colombán al entrar en su casa cerró el piano para no volverlo á abrir, hasta que Mad. Gervais estuviese completamente buena.

Sólo desde entonces encontró con más frecuencia á la joven. La enfermedad de la madre se agravaba: Carmelita corría á cada instante de casa del médico á la botica; muchas veces á una hora bastante avanzada de la noche la

había oído bajar Colombón: bien hubiera deseado ofrecerle sus servicios (y nunca joven más digna de lástima hubiera recibido servicios de un corazón más leal y más desinteresado), pero el joven tenía una timidez igual á su lealtad; por otra parte, la forma del ofrecimiento le embarazaba más que el ofrecimiento mismo, y sólo cuando oyó á la joven pedir socorro con gritos desesperados, fué cuando se atrevió á ponerse á su disposición.

Desgraciadamente era demasiado tarde: no era la necesidad de socorro la que había obligado á la joven á pedirlo: era el terror, era el espanto.

Mad. Gervais, que guardaba cama iba cuatro días bajo la grave amenaza de un aneurisma que llegase á su último grado (lo que se había guardado muy bien el médico de anunciar á Carmelita), Mad. Gervais para combatir una sofocación, una fatiga próxima á dejarla sin aliento, había pedido un vaso de agua; la joven, que no había querido dársela pura, había ido á prepararla al cuarto contiguo. Una especie de gemido semejante á una voz que llamase, la hizo apresurarse.

Volvió á entrar, y encontró á su madre con la cabeza inclinada hacia atrás; pasóle un brazo por debajo del cuello y levantóle la cabeza: la pobre mujer miraba á su hija de una manera extraña; no podía hablar al parecer, pero toda su alma había pasado á sus ojos. Asustada Carmelita, temblorosa y fuerte sin embargo á causa de su mismo terror, continuaba sosteniendo la cabeza de su madre y aproximaba el vaso á sus labios; pero en el momento en que los labios y el vaso iban á tocarse, Mad. Gervais lanzó un suspiro profundo, doloroso, prolongado; después pesó su cabeza con todo su peso sobre el brazo de su hija, y cayó con él sobre la almohada.

Hizo la joven un esfuerzo, volvió á levantar la cabeza segunda vez, é introdujo el vaso entre los labios de su madre, diciendo:

— ¡ Bebed, madre !

Pero los dientes estaban apretados, y la enferma no respondió. Carmelita empujó el vaso: el agua cayó por los dos lados de los labios, pero no penetró en la boca.

Los ojos de la enferma habían permanecido desmesuradamente abiertos, y parecía que no podían separarse de su hija.

Carmelita sintió correr el sudor por su frente.

Sin embargo, aquellos grandes ojos tan abiertos le daban valor.

— Pero bebed, madreíta, repitió.

La madre no respondió más aquella vez que la primera. Parecióle á Carmelita que el cuello que sostenía en su brazo se iba enfriando rápidamente, y que aquel frío mortal se apoderaba de ella. Espantada entonces, dejó caer la cabeza de su madre sobre la almohada, volvió á colocar el vaso sobre la mesa, se arrojó sobre el cuerpo de su madre, rodeándola con sus brazos, cubriendo su rostro de besos, y levantándose para mirarla con ojos casi tan fijos como los suyos: sólo entonces la pobre joven, llena de vida, que nunca había pensado en que el único ser á quien amaba en el mundo pudiese morir; sólo entonces, repetimos, tuvo la pobre joven un presentimiento terrible: y sin embargo, ella que acababa de oír á su madre hablarle hacia sólo un instante, no podía creer que fuese posible el tránsito de la vida á la muerte sin sacudidas, sin gritos, sin estrépito; colocó sus labios sobre la frente de su madre; pero sus labios abrasados por la fiebre, experimentaron una sensación terrible al tocar aquella frente de mármol.

Retrocedió tres pasos asustada, pero no convencida.

La cabeza había caído algo vuelta hacia la habitación, de modo que los grandes ojos, fijos, continuaban mirando á la joven con un resto de expresión maternal; pero aquellos ojos, en vez de devolver la calma á Carmelita, comenzaban á asustarla.

Entonces, desatinada, loca, mirando á derecha é izquierda, pero volviendo siempre á fijar los ojos sobre aquellos otros ojos que la asustaban, se puso á gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

— ¡ Madre, madre, ! ¡ hálame ! ¡ respóndeme ! ¡ madre, si no voy á creer que estás muerta... que estás muerta ! repitió aproximándose con angustia.

Pero delante de la inmovilidad cadavérica de aquel cuerpo, quedóse ella misma inmóvil después de haber intentado dar un paso. Continuó llamando á su madre con gritos desgarradores, pero sin atreverse á tocarla; y cansada de no obtener una respuesta, no atreviéndose á permanecer ya por más tiempo en aquella habitación bajo la mirada de aquellos ojos de espectro, temiéndolo todo, pero sin estar segura de nada, abrió la puerta de la habitación y se puso á gritar : « ¡ Socorro ! »

Salió Colombán de su casa al oír aquellos gritos, y notó como hemos dicho, á la joven desmelenada bañada en lágrimas y toreándose las manos.

— ¡ Caballero ! ¡ caballero ! dijo, ¡ mi madre me mira, pero no me responde !

— Probablemente se habrá desmayado de debilidad, respondió el joven, que estaba tan distante como ella de creer que estuviese muerta.

Entró Colombán en el dormitorio y se estremeció al ver aquel cuerpo, que en cierto modo había tomado el aspecto

de un cadáver : el rostro estaba descolorido, los miembros rígidos; la mano, en cuya muñeca buscaba los latidos de su arteria, estaba sin pulso y fría como un mármol.

Recordaba también que cuando tenía quince años había visto á su madre, la noble condesa de Penhoel, tendida sobre su lecho de respeto, y reconocía impresas en la frente de aquel cadáver que tenía delante las tintas violadas de la muerte.

— ¡ Y bien, caballero?... ¿ y bien ? preguntó Carmelita sollozando.

Aparentó el joven que continuaba creyendo en un desmayo, á fin de ir preparando poco á poco á la joven para el golpe que iba á herirla.

— ¡ Oh ! dijo, muy mala está vuestra madre, ¡ pobre niña !

— Pero ¿ por qué no me responde, caballero, por qué no me responde ?

— Aproxímaos, señorita, dijo Colombán.

— No me atrevo... no me atrevo... ¿ Por qué me mira así ? ¿ qué me pide ? ¿ qué quiere para mirarme así ?

— ¡ Pide que le cerréis los ojos, señorita ! ¡ pide que oremos por el reposo de su alma !

— Pero no está muerta, ¿ no es verdad ? exclamó la joven.

— Arrodillaos, señorita, dijo Colombán dándole ejemplo.

— ¿ Qué decís, caballero ?...

— Digo, señorita, que Dios que nos ha dado la vida tiene derecho á volvérnosla á quitar cuando le agrade.

— ¡ Oh ! exclamó la joven como herida de un rayo, ¡ oh ! veo... veo... ¡ mi madre ha muerto !



Y cayó hacia atrás como si también ella fuese á morir.

Recibióla el joven en sus brazos, y la transportó desmayada á su lecho, que estaba en la alcoba de la pieza contigua.

Á los gritos lanzados por la joven, al ruido que había producido la escena que acabamos de referir había subido la mujer de uno de los artesanos del primer piso con una amiga suya que se encontraba en su casa en aquel momento.

Las dos mujeres, encontrando abiertas todas las puertas de la habitación, entraron y vieron á Colombán que intentaba hacer que volviese en sí la joven, golpeándola en las manos.

Como este remedio no obraba con bastante eficacia, una de las mujeres cogió una vasija llena de agua é inundó con ella el rostro de la pobre huérfana.

Volvió en sí Carmelita tiritando y temblando: las dos mujeres quisieron desnudarla y meterla en la cama.

Pero ella, haciendo un esfuerzo, y afirmándose sobre sus pies, se volvió hacia Colombán y dijo:

— Caballero, habéis dicho que mi madre pedía que le cerrase los ojos... Conducidme cerca de ella... conducidme... os lo suplico... Sin eso, añadió aproximando con terror sus labios al oído de Colombán, sin eso me miraría así por toda una eternidad.

— Venid, dijo el joven que creía advertir un principio de delirio en los ojos de la huérfana.

Atravesó Carmelita la habitación apoyada en el joven; entró en la habitación de su madre, cuya mirada aunque ya vidriosa había conservado su terrible fijeza; se aproximó al lecho con pasos lentos, duros, solemnes; é inclinán-

dose sobre el cadáver le bajó los párpados piadosamente uno después del otro.

Después de lo cual, faltándole las fuerzas, cayó Carmelita sobre el cadáver de su madre, y segunda vez se desmayó.

FIN DEL LIBRO TERCERO.